



# CARTA A DANICA.

Por simple azar estadístico –inexacto como es obvio- con tu llegada a nuestro mundo redondeas la cifra (siete mil millones) de los que se estima vivimos en ese mágico momento de tu nacimiento. Somos muchos. Pero aún siendo tantos, el hecho no es malo, pues la tierra tiene capacidad todavía para albergarnos y satisfacer nuestras necesidades; lo inquietante es como nos hemos organizado o, mejor, cómo en el transcurso del tiempo nos hemos ido agrupando y dividiendo, estableciendo así diferencias y situaciones que dificultan la distribución de medios.

A ti, cuerpecito de dos quilos y medio, palpitante y pleno de vitalidad, sin más apetencias que el sustento que te da energía y peso; a ti, ser frágil, que el tiempo irá modelando y escribiendo sobre tu mente, todavía virgen, en blanco, sensaciones de agrado o de rechazo, conocimientos diversos, ideas, filias y fobias... A ti, que inicias el camino hacia un futuro que ignoramos como será, solo puedo hablarte del presente. Sin intención de crearte temores, considero necesario conozcas algo la situación actual de todos nosotros. Después de largos periodos de luchas, enfrentamientos y conflictos desde que se tienen noticias y constancia históricas, se ha intentado llegar a que éstos se resuelvan mediante acuerdo de los distintos países en una organización mundial. No te lo creas, deciden los más fuertes. Cada grupo de hombres, sea cual fuere su raza, aspira a dominar a los demás, ya sea bajo un sometimiento sin condiciones, ya sea a través de influencias. Y dentro de cada grupo el individuo singularizado actúa de igual manera con los seres de su entorno.

Este comportamiento humano se extiende también al territorio, que cada clan (llamémosle así) considera suyo y no como lo que realmente es: simple hábitat donde surge y evoluciona ese emocionante y milagroso hecho que es la vida y, por lo tanto, no es de nadie o es de todos. Entonces se inventan los nacionalismos, siempre funestos, por su estúpida carga de xenofobia y egoísmo, de acaparamiento avaricioso. Ello, pequeña Danica, demuestra que todos somos, con ligeras y espléndidas excepciones, poco ejemplares, y nos mueve el engreimiento despótico, y nos muerde la envidia, y nos domina la ambición, y nos seduce el placer de la posesión materialista, y nos embriaga vencer siempre, aún cuando sea a costa del dolor y las lágrimas de los semejantes.

Hoy estamos hundidos en una crisis que muchos consideran más profunda que otras sufridas – en realidad el hombre siempre ha vivido en crisis-, cuya extensión y volumen quizá se deba al mayor desarrollo técnico en todos los órdenes, especialmente en la comunicación. Sucesos, ideas, catástrofes, descubrimientos, se propagan de forma instantánea. Esto no implica un mal por sí mismo, pero si lo propagado son doctrinas, pensamientos y acciones demoleadoras de aquellos valores perfeccionadores de la condición humana como la solidaridad, la honradez y honestidad, el respeto y ayuda a los demás, el esfuerzo en la promoción del bienestar y la felicidad de todos, resulta nefasto. Resumiendo con palabras sabias de hace siglos: has de tratar al prójimo como queremos que nos traten a nosotros mismo.



Debo confesarte, casi en secreto, por suponer cierta contradicción con lo escrito más arriba, que me inspiras mayor emoción y afecto porque has nacido en un lugar descubierto por intrépidos hijos de mi país, cuando podíamos afirmar, con razón, que en nuestros dominios no se ponía el sol. ¡Que tiempos aquellos, con la grandeza y, también, las crueldades propias de la época, a las que nadie escapaba! Hoy este país, forjador de un imperio temido y envidiado, se ha empequeñecido, tal vez por su quijotismo. Y no contentos, ahora, en estos días, han surgido, no Quijotes justicieros, sino malvados y entupidos con el egoísta afán de dividirlo, de trocearlo en pequeños "paisitos" o "nacioncitas", hasta convertir su piel de toro en abultadas carteras donde transportar los beneficios de avispados y rapaces tunantes, al socaire de ideologías seudopolíticas.

Perdona esta digresión que no viene al caso. Lo que importa es ponerte en sobreaviso del aún no desterrado egoísmo de todos los seres, sin distinción de raza, algo que poco a poco tenemos que exterminar con el esfuerzo de la ejemplaridad, del respeto y afecto mutuos. Algo se ha conseguido en el transcurrir histórico. Pero queda mucho camino por recorrer. Han pasado dos largos milenios desde que nació un Niño, lindo y desvalido como tú, cuya vida y doctrina sembraron de esperanzas, de optimismo, de alegría a todo el género humano. Desde entonces la línea que separa el bien del mal fue clara y comprensible hasta al más corto de inteligencia. Si todavía no hemos logrado un mundo plenamente justo y feliz, se debe más a nuestra torpeza que a la luz y calor irradiados desde aquel memorable día, del amor que enarboló como bandera hasta el fin de los tiempos.

En estos días conmemorativos de suceso tan extraordinario, adorable Danica, yo deseo alcances la mayor felicidad posible en este mundo y te envío un cariñoso beso.

**Miguel Molina Rabasco**

**Navidad 2011.**